

Pi en el Cielo

Fredric Brown

Roger Jerome Phlutter, en defensa de cuyo absurdo nombre sólo puedo alegar que es genuino, era un industrioso oficinista del Observatorio Cole.

Era un joven sin ningún talento especial, aunque realizara asidua y eficientemente sus tareas cotidianas, estudiara cálculo en su casa durante una hora todas las noches, y confiara en convertirse algún día en el astrónomo más importante de un importante observatorio.

No obstante, nuestra narración de los sucesos acaecidos a últimos de marzo del año 1987 debe comenzar con Roger Phlutter por la sencilla razón de que fue él, entre todos los hombres de la Tierra, el que primero observó la aberración estelar.

Conozcamos a Roger Phlutter.

Alto, bastante pálido por estar demasiado tiempo encerrado, gafas con montura de concha y gruesos cristales, cabello negro muy corto como estaba de moda en aquella época, ni bien ni mal vestido, empedernido fumador de cigarrillos...

A las cinco menos cuarto de esa tarde, Roger estaba ocupado en dos operaciones simultáneas. Una de ellas consistía en examinar, por medio del microscopio intermitente, una placa fotográfica de una sección de Géminis tomada a última hora de la noche anterior. La otra era considerar si con los tres dólares sobrantes del sueldo de la semana anterior, se atrevería a telefonar a Elsie y pedirle que saliera con él.

Indudablemente, todos los jóvenes normales, en un momento u otro, han compartido con Roger Phlutter su segunda ocupación, pero no todo el mundo ha manejado o entiende el funcionamiento de un microscopio intermitente. De modo que alcemos nuestros ojos de Elsie a Géminis.

Un microscopio intermitente proporciona espacio para dos placas fotográficas de la misma sección del cielo, tomadas en momentos diferentes. Estas placas se yuxtaponen cuidadosamente y el observador puede enfocar alternativamente la visión, a través del ocular, sobre una o sobre la otra, gracias a un obturador. Si las placas son idénticas, el funcionamiento del obturador no revela nada; pero si uno de los puntos de la segunda placa difiere de la posición que ocupaba en la primera, llama la atención haciendo el efecto de saltar de un lado a otro mientras se manipula el obturador.

Roger manipuló el obturador, y uno de los puntos saltó. Roger también lo hizo. Volvió a probarlo, olvidándose de Elsie por el momento —igual que nosotros—, y el punto volvió a saltar. Saltaban un arco de casi una décima de segundo.

Roger se incorporó y se rascó la cabeza. Encendió un cigarrillo, lo apoyó en el cenicero y miró nuevamente a través del microscopio. El punto volvió a saltar, cuando usó el obturador.

Harry Wesson, que trabajaba en el turno de noche, acababa de entrar en la oficina y se disponía a colgar el abrigo.

—¡Oye, Harry! —llamó Roger—. A este condenado microscopio le pasa algo.

—¿Sí? —repuso Harry.

—Sí. Pólux se ha movido una décima de segundo.

—¿Sí? —dijo Harry—. Bueno, ya es un paralaje normal. Treinta y dos años luz..., el paralaje de Pólux

es de un punto. Algo más de una décima de segundo, de modo que si la placa comparativa fue tomada, unos seis meses atrás, cuando la Tierra estaba al otro lado de su órbita, es lo correcto.

—Pero, Harry, la placa comparativa fue tomada anteanoche. Hay una diferencia de veinticuatro horas entre las dos.

—¡Estás loco!

—Compruébalo tú mismo.

Aún no eran las cinco en punto, pero Harry Wesson pasó magnánimamente por alto ese detalle y tomó asiento frente al microscopio. Manipuló el obturador, y Pólux saltó. ,

Era evidente que se trataba de Pólux, pues era el punto más brillante de la placa. Pólux es una estrella de magnitud 12, una de las veinte más brillantes que hay en el cielo y la más brillante de Géminis. Además, ninguna de las mortecinas estrellas que la rodeaban se había movido en absoluto.

—Hummm —dijo Harry Wesson. Frunció el ceño y volvió a mirar—. Una de estas placas tiene la fecha equivocada, eso es todo. Voy a comprobarlo en seguida.

—La fecha de estas placas no está equivocada—repuso obstinadamente Roger—. Yo mismo la escribí.

—Otro punto a mi favor —le dijo Harry—. Vete a casa. Son las cinco. Si Pólux se ha movido una décima de segundo durante la noche pasada, ya me encargaré de volver a ponerlo en su lugar.

Así que Roger se marchó.

Se sentía inquieto, a pesar de que no había ninguna razón para ello. No habría podido decir qué le preocupaba, pero algo lo hacía. Decidió regresar a su casa andando en vez de coger el autobús.

Pólux era una estrella fija. No podía haberse movido una décima de segundo en veinticuatro horas.

<<Veamos..., treinta y dos años luz —se dijo Roger—. Una décima de segundo. Esto significa un movimiento varias veces más rápido que la velocidad de la luz. ¡Es una verdadera tontería! »

¿Acaso no lo era?

No tenía ganas de quedarse a estudiar o leer aquella noche. ¿ Eran tres dólares una cantidad suficiente para invitar a Elsie?

Las luces de una casa de empeños centelleaban frente a él, y Roger sucumbió a la tentación. Empeñó el reloj, y después telefoneó a Elsie. ¿Le apetecía ir a cenar y ver un espectáculo?

—Sí, claro que sí, Roger.

De modo que, hasta que la acompañó a su casa a la una y media, consiguió olvidarse de la astronomía. No tenía nada de extraño. Lo raro habría sido que consiguiera acordarse.

Pero la anterior sensación de inquietud volvió a adueñarse de él en cuanto la hubo dejado. Al principio, no recordó a qué se debía. Lo único que sabía era que aún no tenía ganas de volver a casa.

El bar de la esquina todavía estaba abierto, y entró a tomar una copa. Tomaba la segunda cuando se acordó. Pidió una tercera -

—Hank -dijo al camarero—, ¿sabes lo que es Pólux?

—¿De qué Pólux hablas? —preguntó Hank.

—No importa —replicó Roger.

Tomó otra copa y reflexionó sobre la cuestión. Sí, se había equivocado en alguna cosa. Pólux no podía haberse movido.

Salió a la calle y se encaminó hacia su casa. Casi había llegado cuando se le ocurrió alzar la vista hacia Pólux. No es que a simple vista esperase detectar un desplazamiento de una décima de segundo, pero tenía curiosidad.

Alzó los ojos, orientándose por la hoz de Leo, y encontró Géminis. Cástor y Pólux eran las únicas, estrellas visibles de Géminis, pues aquella noche, no resultaba particularmente idónea para observar el firmamento. Desde luego, estaban allí, pero le pareció que estaban un poco más separadas de lo normal. Absurdo, porque eso significaría una cuestión de grados, no de minutos o de segundos.

Las contempló durante un rato, y después desvió la mirada hacia la Osa Mayor. Entonces, dejó de andar y permaneció inmóvil. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, lentamente.

La Osa Mayor, no tenía el aspecto habitual. Estaba distorsionada. Parecía haber más espacio entre Alioth y Mizar, en el mango, que entre Mizar y Alkaid. Phegda y Merak, en el punto más bajo de la Osa Mayor, estaban más juntas, haciendo el ángulo entre la parte inferior y el borde un poco más agudo. Sólo un poco más agudo.

Escépticamente, trazó una línea imaginaria desde los Guardas, Merak y Dubhe, hasta la Estrella Polar. La línea describía una curva. Si la hubiera hecho recta, se habría apartado unos cinco grados de la estrella polar.

Respirando entrecortadamente, Roger se quitó las gafas y las limpió con el pañuelo. Volvió a ponérselas y comprobó que la Osa Mayor seguía estando curvada.

Lo mismo ocurría con Leo, cuando miró nuevamente hacia ella. De todos modos, Régulo se había desplazado uno o dos grados del lugar donde debía estar.

¡Uno o dos grados! ¡A la distancia de Régulo! ¿Eran sesenta y cinco años luz? Algo así.

Después, a tiempo para no volverse loco, Roger se acordó de que había estado bebiendo. Regresó a su casa sin atreverse a mirar nuevamente al cielo. Se acostó, pero, no pudo dormir.

No se sentía borracho. Se fue excitando poco a poco, despabilándose por completo.

Se preguntó si se atrevería a telefonar al observatorio. ¿Le notarían voz de borracho? Finalmente decidió que no le importaba que lo notaran o no. En pijama, descolgó el teléfono.

—Lo siento —dijo la telefonista.

—¿A qué se refiere con eso de que lo siente?

—No puedo darle ese número —contestó la telefonista, con voz meliflua. Y después—: Lo siento. No tenemos esa información.

Consiguió hablar con la directora del servicio y obtener cierta información. Los astrónomos aficionados habían hecho tantas llamadas al Observatorio Cole que fue necesario pedir a la compañía telefónica la suspensión de todas las llamadas que no fueran de larga distancia y procedieran de otros observatorios.

—Gracias —dijo Roger—. ¿Querrá conseguirme un taxi?

Era una solicitud poco habitual, pero la directora del servicio telefónico accedió y le consiguió un taxi.

Encontró el Observatorio Cole en un estado similar a un manicomio.

A la mañana siguiente, casi todos los periódicos publicaban la noticia. Casi todos ellos le dedicaban sesenta o noventa centímetros de una página interior, pero los hechos estaban allí.

Los hechos eran que cierto número de estrellas, en general las más brillantes, se habían movido perceptiblemente durante las pasadas cuarenta y ocho horas.

»Esto no implica —decía irónicamente el *New York Spotlight*— que sus movimientos hayan sido de ningún modo impropios en el pasado. Para un astrónomo, “movimiento propio” significa el movimiento de una estrella en el firmamento con relación a otras estrellas. Hasta la fecha, la estrella denominada de Barnard, perteneciente a la constelación Ofiuco, ha revelado el mayor movimiento propio de todas las estrellas conocidas, desplazándose una media de diez segundos y cuarto todos los años. La estrella de Barnard no se distingue a simple vista.»

Probablemente, ningún astrónomo de la Tierra pudo conciliar el sueño aquella noche.

Los observatorios cerraron sus puertas, con el personal completo en su interior, y no admitieron a nadie, excepto a algún que otro periodista, que se quedaba un rato y se iba con cara de estupefacción, convencido finalmente de que estaba sucediendo algo insólito.

Los microscopios intermitentes saltaban, de igual modo que los astrónomos. El café se consumía en

- cantidades prodigiosas. Se requirió la presencia de patrullas antidisturbios de la policía en seis observatorios de Estados Unidos. Dos de estas llamadas fueron ocasionadas por las tentativas que hicieron unos cuantos aficionados para forzar la puerta. Las otras cuatro respondieron a la necesidad de sofocar las violentas peleas ocasionadas por las discusiones en el interior de los mismos laboratorios. El local del Observatorio Lick era un matadero, y James Truwell, astrónomo real de Inglaterra, fue ingresado en el Hospital de Londres con una contusión benigna, resultado del golpe que, con una pesada placa fotográfica, le dio en la cabeza un airado subordinado.

Pero estos incidentes constituyeron las excepciones. En general los observatorios eran manicomios donde reinaba un cierto orden.

El centro de atención en los observatorios más emprendedores era el altavoz por medio del cual se transmitían los informes del hemisferio oriental a todos los que allí trabajaban. Prácticamente todos los observatorios estaban en comunicación directa con el lado nocturno de la Tierra, donde el fenómeno continuaba siendo objeto de un detallado escrutinio.

Los astrónomos de Singapur, Shangai y Sydney comunicaban directamente sus observaciones al resto del mundo por una red de circuitos telefónicos de larga distancia.

Particularmente interesantes fueron los informes -recibidos desde Sydney y Melbourne, donde se estudiaban las zonas meridionales del cielo que en Europa y Estados Unidos no eran visibles ni siquiera de noche. Según estos informes, la Cruz del Sur había dejado de ser una cruz, después de que Alfa y Beta se desplazaran hacia el norte. Alfa y Beta Centauri, Canopus y Aquernar mostraban un notable movimiento propio, todos ellos, generalmente hablando, en dirección al norte. El Triángulo Austral y las Nubes Magallánicas no experimentaron cambio alguno. Sigma Octanis, la mortecina estrella polar, no se había movido.

Así pues, las alteraciones en el cielo austral eran mucho menos importantes que en el septentrional, en vista del número de estrellas desplazadas. Sin embargo, el movimiento propio relativo de las estrellas afectadas era mayor. Mientras que la dirección general de movimiento de las pocas estrellas que se habían desplazado apuntaba hacia el norte, su ruta no se dirigía exactamente al norte, ni convergían en ningún punto exacto del espacio.

Los astrónomos norteamericanos y europeos asimilaron estos hechos y siguieron tomando café.

Los periódicos vespertinos, especialmente en América, reflejaron una mayor conciencia de que algo muy insólito tenía lugar en el firmamento. La mayor parte de ellos trasladaron el artículo a la primera página —aunque no a los titulares a toda plana—, dedicándole una media columna con un texto que era largo o corto, según la suerte del editor en obtener declaraciones de los astrónomos.

Estas declaraciones, cuando se obtenían, eran invariablemente declaraciones de hecho y no de opinión. Los hechos en sí, decían esos

caballeros, ya eran bastante sorprendentes, y formular una opinión resultaría prematuro. Había que esperar y observar. Fuera lo que fuese aquello que estaba ocurriendo, estaba ocurriendo a toda velocidad.

—¿A cuánta velocidad? —preguntó un editor.

—A más velocidad de la posible —fue la respuesta.

Quizá sea injusto decir que ningún editor consiguió opiniones personales de los entrevistados. Charles Wangren, un emprendedor redactor del *Chicago Blade*, gastó una pequeña fortuna en llamadas telefónicas de larga distancia. Entre sesenta posibles tentativas, finalmente logró hablar con los directores de cinco observatorios. Hizo la misma pregunta a cada uno de ellos.

—¿Cuál es, en su opinión, la posible causa, cualquier posible causa, de los movimientos estelares acaecidos durante las últimas una o dos noches?

Efectuó una sinopsis de los resultados.

«Ojalá lo supiera.» Geo. F. Stubbs, Observatorio Tripp, Long Island.

«Alguien o algo se ha vuelto loco, y espero que sea yo.» Henry Collister McAdams, Observatorio

Lloyd, Boston.

«Lo que sucede es imposible. No puede haber ninguna causa.» Letton Tischauer Tinney, Observatorio Burgoyne, Albuquerque.

«Estoy buscando a un experto en astrología. ¿Conoce a alguno?» Patrick R. Whitaker, Observatorio Lucas, Vermont.

Después de estudiar tristemente esta sinopsis, que le había costado 187,35 dólares, incluidos los impuestos, Wangren firmó un comprobante para abonar las llamadas de larga distancia y después tiró la hoja de papel a -la papelera. Telefoneó a su escritor de temas científicos habitual.

—¿Puede hacerme una serie de artículos, de dos o tres mil palabras cada uno, sobre todo este jaleo astronómico?

—Desde luego —repuso el escritor—. Pero ¿a que jaleo se refiere?

Confesó que acababa de volver de pescar y que no había leído los periódicos ni observado el cielo. Pero escribió los artículos. Incluso consiguió darles un toque sexual por medio de ilustraciones, utilizando antiguos mapas estelares que mostraban la constelación en *déshabillé*, reproduciendo cien pinturas famosas como *El origen de la Vía Láctea* e incluyendo la fotografía de una muchacha en bañador que miraba por un telescopio de mano, supuestamente una de las estrellas errantes. La circulación del *Chicago Blade* se incrementó en un 21%.

Eran nuevamente las cinco en la sala del Observatorio Cole, veinticuatro horas y cuarto después del inicio de toda la conmoción. Roger Phlutter —sí, volvemos a encontrárnoslo— se despertó súbitamente cuando una mano se apoyó sobre su hombro.

—Váyase a casa, Roger —dijo Mervin Armbruster, su jefe, con amabilidad.

Roger se enderezó rápidamente.

—Oh, señor Armbruster —dijo—, siento haberme quedado dormido.

—¡Tonterías! —repuso Armbruster—. No puede quedarse aquí eternamente, ninguno de nosotros puede. Váyase a casa.

Roger Phlutter se fue a su casa. Pero una vez se hubo bañado, se sintió más inquieto que somnoliento. Sólo eran las seis y cuarto. Telefonó a Elsie.

—Lo siento muchísimo, Roger, pero tengo otra cita. ¿Qué sucede, Roger? A las estrellas, quiero decir.

—Tonterías, Elsie..., se están moviendo. Nadie lo sabe.

—Yo creía que todas las estrellas se movían —protestó Elsie—. El sol es una estrella, ¿verdad? Una vez me dijiste que el sol se movía hacia un punto de Sansón.

—Hércules.

—Hércules, pues. Si tú dices que todas las estrellas se mueven, ¿por qué se excita tanto todo el mundo?

—Esto es diferente —replicó Roger—. Tomemos, por ejemplo, Canopus. Ha empezado a moverse a una velocidad de siete años luz al día. ¡No puede hacer una cosa así!

—¿Por qué no?

—Porque no existe nada que pueda moverse más de prisa que la luz —explicó pacientemente Roger.

—Pero si está moviéndose a esta velocidad, es evidente que puede hacerlo —dijo Elsie—. Quizá tengáis el telescopio estropeado o algo parecido. De todos modos, está muy lejos, ¿verdad?

—A ciento sesenta años luz. Tan lejos que sólo la vemos con ciento sesenta años de retraso.

—En este caso, quizá no se haya movido en absoluto —dijo Elsie—. Me refiero a que quizá dejó de moverse hace ciento cincuenta años y vosotros os excitáis por algo que ya no tiene importancia porque está terminando. ¿Aún me quieres? .

—Claro que sí, encanto. ¿No puedes romper esa cita?

—Me temo que no, Roger. Pero te aseguro que me gustaría.

Tendría que contentarse con eso. Decidió ir andando al centro para cenar.

Aún no era de noche, y resultaba demasiado temprano para ver las estrellas, a pesar de que el claro cielo azul empezara a oscurecer. Roger sabía que cuando aquella noche salieran las estrellas, muy pocas constelaciones serían reconocibles.

Mientras andaba, iba pensando en los comentarios de Elsie y llegó a la conclusión de que eran tan inteligentes como los que había oído en el observatorio. En cierto sentido, sacaban a relucir un ángulo en el que no se le había ocurrido pensar, y que lo hacía todo más incomprensible.

Todos esos movimientos habían comenzado la misma tarde..., y, sin embargo, no lo habían hecho. Centauro debió empezar a moverse cuatro o cinco años

atrás, y Rigel quinientos cuarenta años atrás, cuando Cristóbal Colón sólo llevaba pantalones cortos en caso de que los llevara; y Vega debió empezar su movimiento cuando él —Roger, no Vega— nació, hacía veintiséis años. Cada una de esas estrellas debió empezar a desplazarse en una fecha estrechamente relacionada con su distancia de la Tierra. Estrechamente relacionada, hasta un segundo luz, pues el examen de todas las placas fotográficas tomadas la noche anterior indicaba que todos los nuevos movimientos estelares se habían iniciado a las cuatro y diez de la tarde, según la hora de Greenwich. ¡Qué jaleo!

A menos que, después de todo, eso significara que la luz tenía una velocidad infinita.

Si no era así —es sintomático de la perplejidad de Roger que tomara en consideración ese increíble -«si»—, entonces..., entonces, ¿qué? Las cosas estaban tan enredadas como antes.

Sobre todo; lo que le indignaba es que ocurrieran aquellos acontecimientos.

Entró en un restaurante y se sentó. Una radio difundía estrepitosamente la última composición arrítmica, la nueva músicaailable de un cuarto de tono en la cual unos instrumentos de viento provistos de cuerdas proporcionaban un acompañamiento a las melodías aporreadas por afinados tamtams. Entre uno y otro número, un entusiasta locutor alababa las virtudes de un producto.

Mientras masticaba un bocadillo, Roger escuchó apreciativamente la música y se las arregló para no oír los anuncios. Todas las personas inteligentes de los años ochenta habían desarrollado un tipo de sordera radiofónica que les permitía no oír la voz humana que salía de un altavoz, aunque oyeran y gozaran los entonces poco frecuentes intervalos de música entre los anuncios. En una época en la que la competencia publicitaria era tan intensa que apenas había una pared vacía o una valla anunciadora sin utilizar incluso a muchos kilómetros de un centro de población, esas personas sólo conseguían retener el concepto normal de la vida cultivando una ceguera y una sordera parciales que les permitían hacer caso omiso de aquel asalto organizado a sus sentidos.

Por esta razón, buena parte del noticiario que siguió al programa musical entró por un oído de Roger y le salió por el otro antes de que se diera cuenta de que no estaba -escuchando un panegírico sobre apetitosos alimentos de desayuno.

Le pareció reconocer la voz, y después de una o dos frases, estuvo seguro de que pertenecía a Milton Hale, el eminente físico cuya nueva teoría sobre el principio de incertidumbre había ocasionado recientemente tantas controversias científicas. Al parecer, el doctor Hale estaba siendo entrevistado por un locutor de radio.

.Así pues, un cuerpo celeste puede tener posición o velocidad, pero no puede decirse que tenga ambas cosas a la vez, en relación a ningún sistema establecido de tiempo y espacio.

—Doctor Hale, ¿puede traducirnos estas palabras al lenguaje corriente? -dijo la voz melosa del entrevistador.

—Esto es lenguaje corriente, señor. Científicamente expresado, en términos del principio de contracción de Heisenberg, n es a la séptima fuerza en

paréntesis, representando la pseudo posición de un quantum-entero en relación con el séptimo coeficiente de curvatura de la masa...

—Gracias, doctor Hale, pero me temo que esto sobrepase la capacidad de comprensión de nuestros oyentes.

«Y la tuya», pensó Roger Phlutter.

—Estoy seguro, doctor Hale, de que la cuestión que más interesa a nuestra audiencia es si estos movimientos estelares sin precedentes son reales o ilusorios.

—Las dos cosas. Son reales con referencia a la estructura del espacio, pero no con referencia a la estructura de tiempo y espacio.

—¿Puede aclarárnoslo, doctor?

—Creo que sí. La dificultad es puramente epistemológica. En estricta causalidad, el impacto macroscópico...

«Todos son iguales», pensó Roger Phlutter.

—. . . Sobre el paralelismo del gradiente netrópico.

—¡Bah! —exclamó Roger, en voz alta.

—¿Ha dicho usted algo, señor? —preguntó la camarera.

Roger se fijó en ella por primera vez. Era bajita rubia y atractiva. Roger le sonrió.

—Eso depende de la estructura de tiempo y espacio con que uno lo mire —dijo juiciosamente—. La dificultad es epistemológica.

Para resarcirla por esto, dejó más propina de la que debía, y se marchó.

Comprendió que el físico más eminente del mundo sabía menos de lo que estaba ocurriendo que el público en general. El público sabía que las estrellas fijas se movían o no. Evidentemente, el doctor Hale ni siquiera sabía esto. Tras una cortina de humo de salvedades, Hale había insinuado que hacían ambas cosas.

Roger miró al cielo, pero no se veían más que unas cuantas estrellas, muy mortecinas en aquella oscuridad incipiente, a través del halo compuesto por las luces de neón y los letreros luminosos. Aún era demasiado temprano, pensó.

Tomó una copa en un bar cercano, pero no le gustó demasiado y la dejó sin terminar. No sabía exactamente qué le ocurría, pero la realidad era que estaba aturdido por falta de sueño. Únicamente sabía que no tenía ganas de dormir y se propuso seguir andando hasta que le apeteciera irse a la cama. Cualquiera que le hubiese dado un golpe en la cabeza con una cachiporra bien forrada le habría hecho un señalado servicio, pero nadie se tomó esa molestia.

Siguió andando, y al cabo de un rato, se encontró frente al vestíbulo profusamente iluminado de un cine. Adquirió una entrada y tomó asiento justo a tiempo para ver el escabroso final de una de las tres películas que constaban en el programa. Siguieron varios anuncios que consiguió mirar sin verlos.

«Seguidamente les ofrecemos —anunció la voz del comentarista— un reportaje especial sobre el cielo de Londres, donde ahora son las tres de la madrugada.»

La pantalla mostró una superficie negra, llena de minúsculos puntitos que eran estrellas. Roger se, inclinó hacia delante para observar y escuchar atentamente; aquello sería una emisión de hechos, no de inútil palabrería.

«La flecha —dijo la voz, cuando una flecha apareció en la pantalla— señala en este momento hacia Polaris, la estrella polar, que ahora se encuentra a diez grados del polo celeste en dirección a la Osa Mayor. La misma Osa Mayor ha dejado de ser reconocible como tal, pero la flecha nos señalará las estrellas que anteriormente la componían.»

Roger siguió sin aliento tanto la flecha como la voz.

«Alcor y Dubhe —dijo la voz—. Las estrellas fijas han dejado de serlo, pero... —las imágenes se trasladaron bruscamente a una cocina moderna— la calidad y los adelantos de las cocinas Estelar no cambian. Los alimentos cocinados con el método vibratorio superinducido tienen un sabor inigualable. Las cocinas Estelar son únicas.»

Lentamente, Roger Phlutter se puso en pie y salió al pasillo. Sacó el cortaplumas de su bolsillo mientras se acercaba a la pantalla. Subió de un salto al estrado. Rasgó el tejido sin ira. Lo hizo con cuidado, de una forma metódica, con la intención de causar un máximo de desperfectos en un mínimo de tiempo y esfuerzo.

El daño estaba hecho, y concienzudamente, cuando tres fornidos acomodadores llegaron hasta él. No ofreció resistencia, ni a ellos ni a la policía, que acudió poco después. En un juicio nocturno, al cabo de una hora, escuchó los cargos que se le imputaban.

—¿Culpable o inocente? —preguntó el magistrado que ocupaba la presidencia.

—Señoría, esto es simplemente una cuestión de epistemología —dijo Roger, seriamente—. ¡Las estrellas fijas se mueven, pero las Tostadas Corny, el mejor desayuno del mundo, aún representa la seudoposición de un quantum-entero de Diedrich en relación al séptimo coeficiente de curvatura!

Diez minutos más tarde, dormía profundamente. En una celda, es verdad, pero profundamente. La policía le dejó allí porque comprendió que necesitaba dormir...

Entre otras tragedias menores de aquella noche puede incluirse el caso de la goleta *Ransagansett*, que navegaba a notable distancia de la costa de California. ¡A una distancia ciertamente notable de la costa de California! Una súbita racha de viento la desvió muchas millas de su curso, aunque el capitán no habría podido afirmar cuántas.

La *Ransagansett* era una embarcación americana, con tripulación alemana, matriculada en Venezuela, y encargada de transportar licores desde Ensenada, Baja California, hasta la costa de Canadá, en previsión de posibles prohibiciones. La *Ransagansett* era un antiguo barco con cuatro motores y una precaria brújula. Durante los dos días de la tormenta, su anticuado receptor de radio —cosecha de 1955— se había estropeado sin que Gross, el primer oficial, consiguiera arreglarlo.

Pero ahora sólo la niebla recordaba el paso de la tormenta, y las restantes

ráfagas de viento se encargaban de alejarla. Hans Gross, con un antiguo astrolabio en las manos, aguardaba en el puente. Una oscuridad absoluta reinaba en torno a él, pues el barco navegaba sin luces para evitar las patrullas costeras.

—¿Aclara, señor Gross? —preguntó la voz del capitán desde abajo.

—Que sí, señor; Está aclarando rápidamente.

En la cámara, el capitán Randall siguió jugando al *blackjack* con el segundo oficial y el maquinista. La tripulación, un anciano alemán llamado Weiss, con una pata de palo, dormía junto al tonel de agua potable de popa, dondequiera que esto estuviera.

Transcurrió media hora. Al cabo de una hora, el capitán perdía frente a Helmstadt, el maquinista.

—¡Señor Gross! —llamó.

No obtuvo respuesta, y aunque llamó de nuevo, siguió sin obtenerla.

—Un momento, *mein* amigos —dijo al segundo oficial y al maquinista, y subió hasta el puente por la escalera de la cámara.

Gross estaba allí, mirando hacia el cielo con la boca abierta. La niebla había desaparecido.

—Señor Gross —dijo el capitán Randall.

El segundo oficial no contestó. El capitán vio que su segundo oficial giraba lentamente sobre sí mismo.

—¡Hans! —gritó el capitán Randall—. ¿Qué demonios le ocurre?

Entonces, él también alzó la mirada.

Superficialmente, el cielo parecía normal. No había ningún ángel volando sobre ellos, ni se oía el motor de ningún avión. La Osa Mayor..., el capitán Randall giró lentamente, aunque con más rapidez que Hans Gross. ¿Dónde estaba la Osa Mayor?

En cuanto a eso, ¿dónde estaba todo? No se veía ni una sola constelación que pudiera reconocer. Ni rastro de la hoz de Leo; Ni rastro del cinturón de Orión. Ni rastro de los cuernos de Tauro.

Lo que era peor, había un grupo de ocho brillantes estrellas que debían haber formado una constelación, pues tenían la forma aproximada de un octágono. Sin embargo, en caso de que esa constelación hubiese existido alguna vez, él nunca la había visto, a pesar de haber doblado el Cabo de Hornos y el de Buena Esperanza; Quizá... Pero no... ¡No se vela la Cruz del Sur!

Inexplicable. El capitán Randall se acercó a la escalerilla de la cámara.

—Señor Weisskopf —llamó—. Señor Helmstadt. Suban al puente.

Ambos subieron y miraron. Nadie dijo nada durante unos minutos.

—Pare los motores, señor Helmstadt —ordenó el capitán.

Helmstadt saludó, por primera vez en su vida, -y bajó a la sala de máquinas.

—Capitán, ¿puedo despertar a Veiss? —preguntó Weisskopf.

—¿Para qué?

—No lo sé.

El capitán reflexionó.

—Despiértale -dijo.

—Me parece que estamos en el planeta Marte.-dijo Gross.

Pero el capitán ya lo había pensado y desechado la idea.

—No -contestó firmemente—. Las constelaciones tendrían casi el mismo aspecto desde cualquier planeta del sistema solar.

—¿Quiere decir que estamos fuera del cosmos?

El zumbido de los motores cesó súbitamente y sólo se oyó el suave y familiar chapoteo de las olas contra el casco y el suave y familiar balanceo de la embarcación.

Weisskopf volvió con Weiss, y Helmstadt subió al puente y saludó de nuevo.

—¿Y bien, capitán?

El capitán Randall agitó una mano en dirección a la cubierta de popa, llena de cajas de licor amontonadas bajo un toldo de lona.

—Tiren la carga al mar —ordenó.

La partida de *blackjack* no se reanudó. Al amanecer, bajo un sol que no habían esperado ver otra vez —y que, por cierto, ninguno vio en aquellos momentos—, los cinco hombres inconscientes fueron trasladados a la cárcel del puerto de San Francisco por miembros de la patrulla costera. Durante la noche, la *Ransagansett* se había deslizado bajo el Golden Gate y chocado suavemente con el muelle del transbordador de Berkeley.

En la popa de la goleta había un gran toldo de lona. Estaba atravesado por un arpón cuya cuerda se hallaba fuertemente atada al palo mayor. Su presencia nunca fue explicada oficialmente, aunque días después el capitán Randall recordó vagamente haber pescado un cachalote durante la noche. Pero el anciano marinero llamado Weiss jamás descubrió lo que había sucedido con su pata de palo, lo que quizá no tuviera demasiada importancia.

Milton Hale, doctor en física, habla terminado de hablar y el programa concluyó.

—Muchas gracias, doctor Hale —dijo el locutor de radio. Se encendió una luz amarilla; el micrófono estaba desconectado—. Uh... Ya puede pasar a buscar el talón por la ventanilla. Usted..., uh..., ya sabe dónde.

—Lo sé —respondió el físico.

Era un hombrecillo gordinflón y de aspecto risueño. Con su enmarañada barba blanca, parecía una edición de bolsillo de Santa Claus. Sus ojos centelleaban y fumaba en pipa.

Dejó el estudio insonorizado y se dirigió vivamente por el vestíbulo hasta la ventanilla de la cajera.

Hola, encanto -dijo a la muchacha que estaba allí—. Creo que tienes dos talones para el doctor Hale.

—¿Usted es el doctor Hale?

—A veces ni yo mismo lo sé —repuso el hombrecillo—. Pero llevo una tarjeta de identidad que parece demostrarlo.

—¿Dos talones?

—Dos talones. Ambos por la misma emisión, gracias a un arreglo especial. Por cierto, esta noche hay una excelente revista en el teatro Mabry.

—¿De verdad? Sí, aquí están sus talones, doctor Hale. Uno por setenta y cinco y el otro por veinticinco. ¿Es correcto?

—Correctísimo. ¿Qué me dice sobre la revista del Mabry?

—Si lo desea, llamaré a mi marido y se lo preguntaré -dijo la muchacha—. Es el portero.

El doctor Hale suspiró profundamente, pero sus ojos siguieron centelleando.

—Creo que le parecerá bien —repuso—. Aquí tiene las entradas, encanto, para que puedan ir los dos. Acabo de recordar que esta noche tendré trabajo.

La muchacha abrió desmesuradamente los ojos, pero aceptó las entradas.

El doctor Hale entró en la cabina telefónica y llamó a su casa. Su casa, y el doctor Hale, estaban dirigidos por su hermana mayor.

—Agatha, esta tarde he de quedarme en la oficina—le comunicó.

—Milton, ya sabes que puedes trabajar igual de bien en tu estudio de casa. He oído tu emisión, Milton. Ha sido magnífica.

—Ha sido, una verdadera tontería, Agatha: una estupidez. ¿Qué he dicho?

—Pues has dicho que..., uh..., que las estrellas eran..., es decir, no has...

—Exactamente, Agatha. Mi intención era evitar que cundiera el pánico entre el populacho. Si les hubiera dicho la verdad, se habrían preocupado. Pero al hablar de una forma erudita y científica, les he convencido de que todo estaba..., uh . bajo control. ¿Sabes, Agatha, lo que quería decir con el paralelismo de un gradiente entrópico?...

—Bueno, no exactamente.

—Yo tampoco.

—Milton, ¿has estado bebiendo?

—Ni eso ni... No, no he bebido. Te aseguro que no puedo ir a casa para hacer el trabajo de esta noche, Agatha. Iré a mi estudio de la universidad, porque allí tendré acceso a la biblioteca y podré consultar los libros que quiera, así como los mapas estelares.

—Pero, Milton, ¿qué me dices del dinero que te han pagado por la emisión? Ya sabes que no es seguro que lleves dinero en los bolsillos cuando te sientes..., así.

—No es dinero, Agatha. Es un talón y te lo enviaré por correo antes de ir a la oficina. No lo cobraré, te lo aseguro. ¿Te parece bien?

—Bueno..., si necesitas tener acceso a la biblioteca supongo que así debe ser. Adiós, Milton.

El doctor Hale cruzó la calle y se dirigió al *drugstore*. Allí compró un sello y un sobre, y cobró el talón de veinticinco dólares. El talón de setenta y cinco dólares fue introducido en el sobre y echado al correo.

Mientras estaba junto al buzón, levantó los ojos hacia el cielo..., se estremeció, y bajó apresuradamente la vista. Se dirigió al bar más próximo y pidió un güisqui escocés doble.

—Hacia mucho tiempo que no le velamos por aquí, doctor Hale —le dijo Mike, el camarero.

—Es verdad, Mike. Sírvame otro.

—En seguida. Este va a cargo de la casa. Acabamos de oír su emisión por la radio. Ha sido fantástica.

—Sí.

—Desde luego que sí. Yo estaba un poco preocupado con todo eso que pasa allá arriba, por mi hijo aviador y todo eso. Pero si ustedes, los científicos, saben lo que se traen entre manos, supongo que no hay por qué inquietarse. Ha hablado muy bien, doctor. Pero me gustaría hacerle una pregunta.

—Me lo temía —comentó el doctor Hale.

—Esas estrellas..., se están moviendo, van a alguna parte. Pero ¿adónde van? Vamos, como usted ha dicho, si es que se mueven.

—Es imposible decirlo con exactitud, Mike.

—No se mueven en línea recta, cada una de ellas?

Durante sólo un momento, el famoso científico titubeó.

—Bueno..., sí y no, Mike. De acuerdo con el análisis espectroscópico, mantienen la misma distancia

que las separa de nosotros, cada una de ellas. Así- que realmente se mueven —si es que se mueven— en círculos a nuestro alrededor. Es decir, parece ser que nosotros estamos en el centro de esos círculos, de modo que las estrellas que se mueven no se acercan ni se alejan de nosotros.

—~ Podría determinarse el rumbo de esos círculos?

—En un globo estelar, sí. Ya se ha hecho. Todos parecen dirigirse hacia una zona determinada del cielo, aunque no a un punto dado. En otras palabras, no se cruzan.

—¿Hacia qué parte del cielo se dirigen?

Aproximadamente a una zona entre la Osa Mayor y Leo, Mike. Las más alejadas se mueven más de prisa, y las más cercanas se mueven más despacio. Pero, maldita sea, Mike, he entrado aquí para olvidarme de todo lo concerniente a las estrellas, no para hablar de ellas. Dame otra.

—En seguida, doctor. Cuando lleguen a esa zona, ¿se detendrán, o seguirán avanzando?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa, Mike? Empezaron a moverse de repente, todas al mismo tiempo, y con plena velocidad original..., quiero decir que se pusieron en marcha a la misma velocidad que tienen ahora..., sin un

precalentamiento, para explicarlo de algún modo, así que me imagino que podrían detenerse igual de inesperadamente.

Se interrumpió tan súbitamente como podrían hacerlo las estrellas. Contempló su imagen en el espejo que había detrás de la barra como si nunca se hubiera visto.

—¿Qué pasa, doctor?

—¡Mike!

—¿Sí, doctor?

Mike, eres un genio.

—¿Yo? No se burle.

El doctor Hale gruñó.

—Mike, tendré que ir a la universidad para solucionar todo esto. Allí tendré acceso a la biblioteca y el globo estelar. Me estás convirtiendo en un hombre honrado, Mike. No sé qué clase de escocés me has servido, pero envuélveme una botella.

—Es Tartan Plaid. ¿Un cuarto?

—Un cuarto, y no pierdas el tiempo. Tengo que ver a un hombre para tratar sobre una Canícula.

—¿Habla en serio, doctor?

El doctor Hale suspiró ruidosamente.

—Tú tienes la culpa, Mike.. Sí, la Canícula es Sirio. Ojalá no hubiera venido, Mike. Mi primera noche de juerga en no sé cuántas semanas, y tú me la estropeas.

Tomó un taxi hasta la universidad, entró y encendió la luz de su despacho particular y la biblioteca. Después tomó un buen trago del Tartan Plaid y se puso a trabajar.

En primer lugar, después de decir quién era a la telefonista de servicio y discutir un poco, obtuvo una comunicación telefónica con el director del Observatorio Cole.

—Soy Hale, Armbruster —dijo—. Tengo una idea, pero quiero comprobar los hechos antes de empezar a trabajar sobre ella. Según el último informe que he recibido, hay cuatrocientas sesenta y ocho estrellas que revelan un nuevo movimiento propio. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, Milton. Sigue habiendo el mismo número..., no hay otras.

—Muy bien. Tengo una lista de todas ellas. ¿Se ha producido algún cambio en velocidad de movimiento de alguna de ellas?

—No; aunque parezca imposible, es constante. ¿En qué consiste tu idea?

—Primero quiero comprobar mi teoría. Si obtengo algún resultado positivo, te lo comunicaré enseguida.

Pero se olvidó de hacerlo.

Fue una tarea larga y penosa. Primero hizo un mapa del firmamento en la zona entre la Osa Mayor y Leo. Sobre este mapa, trazó 468 líneas que representaban la ruta prevista de cada una de las estrellas aberrantes. En el borde del mapa, donde se iniciaban todas las líneas, hizo una anotación sobre la aparente velocidad de la estrella, no en años luz por hora, sino en grados por hora, hasta el quinto decimal.

Después se concentró en una serie de razonamientos.

« Supongamos que el movimiento que se inició simultáneamente termine simultáneamente —se dijo-. Hagamos otra suposición. Probaremos con las diez en punto de mañana por la noche.»

Lo probó y contempló la serie de posiciones indicadas en el mapa. No.

Probó con la una de la madrugada. Eso resultó tener más sentido.

Probó con las doce de la noche.

¡Eso era! Por lo menos, muy aproximado. El cálculo podía variar unos pocos minutos en una u otra dirección y no tenía objeto embarcarse en interminables cálculos para averiguar la hora exacta. Mucho menos ahora que sabía el increíble hecho.

Tomó otro trago y contempló sombríamente el mapa.

Un viaje a la biblioteca proporcionó al doctor Hale la información que necesitaba. ¡La dirección!

Así empezó la saga del viaje del doctor Hale.

Lo inició con una copa. Después, como sabía la combinación, saqueó la caja fuerte que había en el despacho del rector de la universidad. La nota que dejó en la caja fuerte era una obra maestra de brevedad. Decía:

«He sacado dinero. Se lo explicaré después.»

Después bebió otro trago y se metió la botella en un bolsillo. Salió del edificio y paró un taxi. Se aposentó en el asiento posterior.

—¿Adónde, señor? —preguntó el taxista.

El doctor Hale le dio una dirección.

—¿La calle Fremont? —dijo el taxista—. Lo siento, señor, pero no sé dónde está.

—En Boston —explicó el doctor Hale—. Tendría que habérselo dicho; en Boston.

—¿En Boston? ¿Se refiere a Boston, Massachusetts? Esto está muy lejos de aquí.

—Por lo tanto, lo mejor es que salgamos inmediatamente —dijo el doctor Hale, con cierta dosis - de lógica. -

Una breve discusión financiera y la entrega del dinero, extraído de la caja fuerte de la universidad, acallaron las objeciones del conductor y se pusieron

en marcha.

Era una noche muy fría para el mes de marzo y la calefacción del taxi no funcionaba demasiado bien. Pero el Tartan Plaid proporcionó el calor necesario al doctor Hale y al taxista, y cuando llegaron a New Haven, ambos cantaban alegremente toda clase de melodías populares.

—Saldremos a campo abierto, y disfrutaremos...—rugían sus voces.

Después se supo, aunque quizá no fuera cierto, que el doctor Hale, nada más llegar a Hartford, sacó la cabeza por la ventanilla y preguntó a una joven que esperaba -el último autobús si quería ir a Boston. Sin embargo, al parecer no fue así, ya que cuando el taxi se detuvo frente al 614 de la calle Fremont, Boston, a las cinco de la madrugada, sólo el doctor Hale y el chofer se encontraban en el taxi.

El doctor Hale se apeó y observó la casa. Era la mansión de un millonario, y estaba rodeada por una verja de hierro que remataban unas afiladas púas. La puerta estaba cerrada y no se veía ningún timbre.

Pero la casa se hallaba a un tiro de piedra de la acera, y el doctor Hale no era persona que se desanimara fácilmente. Tiró una .piedra. Después, otra. Finalmente consiguió destrozar el cristal de una ventana.

Tras un breve intervalo, un hombre apareció en la ventana. El doctor Hale supuso que sería el mayordomo.

—Soy el doctor Milton Hale —gritó—. Quiero ver a Rutherford R. Sniveley, inmediatamente Es importante.

—El señor Sniveley no está en casa, señor —repuso el mayordomo-. Y respecto a esta ventana...

—Al diablo con la ventana —replicó a gritos el doctor Hale—. ¿ Dónde está Sniveley?

—Se ha ido a pescar.

—¿Adónde?

—Tengo órdenes de no dar esa información.

Es posible que el doctor Hale estuviera un poco borracho.

—Me la dará, de todos modos —rugió—. Por orden del Presidente de Estados Unidos.

El mayordomo se echó a reír.

—No le veo.

—Le verá —dijo Hale.

Volvió al taxi. El chofer se había quedado dormido, pero Hale le despertó.

—A la Casa Blanca — ordenó el doctor Hale.

—¿Cómo?

—A la Casa Blanca, en Washington —dijo el doctor Hale—, ¡Y de prisa!

Sacó un billete de cien dólares del bolsillo. El -taxista lo miró y lanzó un gemido. Después se metió el billete en su propio bolsillo y puso el taxi en

marcha. Estaba empezando a nevar.

Cuando el taxi arrancó, Rutherford - R. Sniveley, sonriendo irónicamente, se apartó de la ventana. El señor Sniveley no tenía mayordomo.

Si el doctor Hale hubiera estado más familiarizado con las peculiaridades del excéntrico señor Sniveley, habría sabido que Sniveley no permitía a sus criados que se quedaran a dormir, y que vivía solo en la gran casa del 614 de la calle Fremont. Todas las mañanas a las diez, un pequeño ejército de criados invadía la casa, hacia su trabajo lo más rápidamente posible, y se marchaban antes del mediodía. Aparte de estas dos horas diarias, el señor Sniveley vivía en solitario esplendor. Tenía pocos contactos sociales, por no decir ninguno.

Aparte de las pocas horas al día que dedicaba a administrar sus intereses como uno de los primeros -fabricantes del país, el tiempo del señor Sniveley le pertenecía por completo y lo pasaba en su taller, fabricando artefactos de todas clases.

Sniveley tenía un cenicero que le alargaba un cigarro encendido cada vez que le hablaba bruscamente, y un radioreceptor tan delicadamente ajustado que podía intercalar automáticamente programas auspiciados por Sniveley y volver a desconectarse cuando habían terminado. Tenía una bañera que le proporcionaba un acompañamiento de orquesta completa cuando le apetecía cantar en ella, y una máquina que le leía en voz alta el libro que él colocase en su tanque alimentador. Su vida podía ser solitaria, pero no carecía de esas comodidades materiales. Era excéntrico, sí, pero el señor Sniveley podía permitirse el lujo de ser excéntrico con unos ingresos netos de cuatro millones de dólares al año. No estaba mal para un hombre que había empezado su vida siendo hijo de un dependiente encargado del envío de mercaderías.

El señor Sniveley se rió alegremente al ver que el taxi se alejaba, y después volvió a acostarse y durmió el sueño de los justos.

«Así que alguien ha tenido una idea con diecinueve horas de adelanto — pensó---. Bueno, ¡para lo que va a servirles! »

No existía ninguna ley que pudiera castigarle por lo que había hecho...

Las librerías hicieron un negocio tremendo con los libros de astronomía durante todo aquel día. El público, apático al principio, ya estaba muy interesado por el tema. Incluso los antiguos y polvorientos volúmenes de los *Principia* de Newton se vendieron a precios exorbitantes.

Todos los medios de comunicación hablaban profusamente de las nuevas maravillas del firmamento. Pocos comentarios eran profesionales, o siquiera inteligentes, pues la mayoría de los astrónomos se pasaron el día durmiendo. Consiguieron mantenerse despiertos durante las primeras cuarenta y ocho horas después del inicio del fenómeno, pero el tercer día les sorprendió mental y físicamente agotados, y dispuestos a permitir que las estrellas se cuidaran por sí mismas mientras ellos recuperaban algunas horas de sueño.

Tentadoras ofertas de los estudios de televisión y radio convencieron a algunos de que hicieran conferencias, pero sus esfuerzos resultaron penosos, y preferibles de olvidar. El doctor Carver Blake, que transmitía por la KNB, se

quedó profundamente dormido entre un perigeo y un apogeo.

Los físicos también gozaban de una gran demanda. Sin embargo, fue imposible encontrar al más eminente de todos ellos. La única pista respecto a la desaparición del doctor Milton Hale, la breve nota que decía: «He sacado dinero. Se lo explicaré después», no sirvió de mucha ayuda. Su hermana Agatha temía lo peor.

Por primera vez en la historia, una noticia *astronómica* ocupaba los titulares de primera página de los periódicos.

Aquella mañana empezó a nevar muy temprano a lo largo de la costa septentrional del Atlántico, y aquellos primeros copos habían degenerado en una verdadera nevada. Antes de entrar en Waterbury, Connecticut, el chofer que conducía el taxi del doctor Hale empezó a flaquear.

No era humano, pensó, esperar que un hombre fuera conduciendo hasta Boston, y después, sin detenerse, de Boston a Washington. Ni siquiera por cien dólares.

Y menos bajo una tormenta como aquélla. No lograba ver más allá de doce metros a través de la blanca cortina de nieve, y eso cuando podía mantener los ojos abiertos. Su pasajero dormía profundamente en el asiento posterior. Quizá pudiera despistarle y detenerse junto a la carretera, durante una hora, para dormir. Sólo una hora. Su pasajero ni siquiera se daría cuenta. Aquel tipo debía de ser un lunático, pensó, o no se explicaba que no hubiera tomado un avión o un tren.

El doctor Hale así lo habría hecho, naturalmente, si se le hubiera ocurrido. Pero no estaba acostumbrado a viajar y, además, no había que olvidar el Tartan Plaid. Un taxi le pareció la forma más sencilla de llegar a cualquier parte..., sin preocuparse de billetes, conexiones o estaciones. El dinero no constituía ningún problema, y su mente confusa por el licor le había hecho olvidar el factor humano que implicaba un largo viaje en taxi.

Cuando se despertó, casi congelado, en el taxi aparcado, adquirió conciencia de ese factor humano. El chofer estaba profundamente dormido, y ni las más enérgicas sacudidas lograron despertarle. El reloj del doctor Hale se había parado, así que no pudo hacerse una idea de dónde estaba o qué hora era.

Además, y para colmo de males, no sabía conducir. Tomó un trago para no congelarse del todo, y después se apeó del taxi; en ese preciso momento, se detuvo un coche junto a él.

Era un policía..., lo que es más, era un policía en un millón.

Gritando por encima del rugido de la tormenta, Hale le llamó la atención por medio de señas.

—Soy el doctor Hale —gritó—. Nos hemos perdido. ¿Dónde estoy?

—Entre antes de que se hiele —ordenó el policía—. ¿ Se refiere, por casualidad, al doctor Milton Hale?

—Sí.

—He leído todos sus libros, doctor Hale —dijo el policía—. La física es mi

gran pasatiempo, y siempre he deseado conocerle. Quiero hacerle una pregunta acerca del valor revisado del quantum.

—Esto es cuestión de vida o muerte —dijo el doctor Hale—. ¿Puede llevarme al aeropuerto más próximo, a toda velocidad?

—Naturalmente, doctor Hale.

—Y otra cosa... En ese taxi hay un chofer que se morirá de frío si no enviamos ayuda.

—Lo pondremos en el asiento trasero de mi coche y después apartaré el taxi de la carretera. Ya nos ocuparemos de los demás detalles cuando podamos.

---Dese prisa, por favor.

El obsequioso policía se apresuró. Regresó a los pocos minutos y puso el coche en marcha.

—En cuanto al valor revisado del quantum, doctor Hale... —empezó, interrumpiéndose en seguida.

El doctor Hale dormía profundamente. El policía le llevó al aeropuerto de Waterbury, uno de los mayores del mundo desde que la población de la ciudad de Nueva York empezó a desplazarse hacia el norte en los años sesenta y setenta, desplazamiento que le confirió una situación privilegiada. Hasta que se encontraron frente a la oficina de billetes, no despertó al doctor Hale.

—Estamos en el aeropuerto, señor —le dijo.

Aún no había acabado de hablar, cuando el doctor Hale ya se apeaba de un salto y corría hacia el edificio, gritando «Gracias», por encima del hombro y estando a punto de tropezar y caerse.

El zumbido de los motores de un superestratoavión que se preparaba para despegar confirió alas a sus pies mientras se precipitaba hacia la ventanilla de venta de billetes.

—¿Qué avión es ése? —preguntó.

—El especial de Washington, que saldrá dentro de un minuto. Pero no creo que llegue a tiempo de cogerlo.

El doctor Hale dejó un billete de cien dólares en la repisa.

—Un billete —jadeó—. Quédese con el cambio.

Agarró el billete y echó a correr, entrando en el avión cuando empezaban a cerrar la portezuela. Jadeando, se desplomó en un asiento, con el billete todavía en la mano. Estaba profundamente dormido cuando la azafata le ató el cinturón para el despegue.

Un rato después, la azafata le despertó. Los pasajeros desembarcaban.

El doctor Hale bajó corriendo la escalerilla del avión y atravesó a toda prisa el campo hasta el edificio del aeropuerto. Un gran reloj marcaba las nueve en punto y, con evidente satisfacción, corrió hacia una puerta que ostentaba el letrero «Taxis».

Se introdujo en el primero que encontró.

—A la Casa Blanca —dijo al chofer—. ¿Cuánto tardaremos?

—Diez minutos.

EL doctor Hale dejó escapar un suspiro de alivio y se apoyó en el respaldo. Esta vez no volvió a dormir. Ya estaba completamente desvelado. Pero cerró los ojos para pensar las palabras que usaría durante su explicación del asunto.

—Hemos llegado, señor.

El doctor Hale entregó un billete al taxista y se apeó a toda prisa, irrumpiendo como una tromba en el edificio. No era tal como él había imaginado. Pero habla una mesa y se dirigió hacia ella.

—Tengo que ver al presidente, en seguida. Es vital.

El empleado frunció el ceño.

—¿Qué presidente?

El doctor Hale abrió desmesuradamente los ojos.

—Al presidente de los... Dígame, ¿ qué edificio es éste? ¿Y qué ciudad?

El ceño del empleado se hizo más acusado.

—Esto es la Casa Blanca —dijo—. Seattle, Washington.

El doctor Hale se desmayó. Se despertó tres horas después en un hospital. Entonces era medianoche, hora del Pacífico, lo cual significaba que en la costa oriental debían ser las tres de la madrugada. En realidad, ya eran más de las doce en Washington, Distrito de Columbia, y en Boston, cuando bajó del avión especial de Washington en Seattle.

El doctor Hale corrió hacia una ventana y agitó los puños, ambos, en dirección al cielo. Un gesto inútil.

Sin embargo, en el este, la tormenta había amainado al anochecer, dejando una ligera niebla en el aire. El público ansioso por contemplar las estrellas desbordaba las agencias meteorológicas con llamadas acerca de la persistencia de la niebla.

—Se espera una ligera brisa procedente del océano —les decían—. Se acerca rápidamente, y dentro de una o dos horas habrá disipado la niebla.

Hacia las once y cuarto, el cielo de Boston estaba despejado.

Miles de personas mal informadas desafiaron el intenso frío y salieron a la calle para mirar al cielo y la aparición gradual de las estrellas anteriormente consideradas eternas. Daba la impresión de haberse producido un increíble cambio.

Y después, gradualmente, el murmullo creció. Alrededor de las doce menos cuarto, el hecho era seguro, y el murmullo decreció y casi en seguida se hizo más fuerte que nunca, alcanzando su máxima intensidad hacia medianoche. Naturalmente, como era de esperar, no todo el mundo reaccionó del mismo modo. Hubo risas e indignación, comentarios cínicos y horrorizados. Incluso hubo admiración.

Al poco rato, en ciertas partes de la ciudad, un movimiento concertado por parte de los que conocían la dirección de la calle Fremont empezó a tener lugar. Un movimiento a pie, en coches particulares o vehículos públicos, que

convergió en el mismo sitio.

A las doce menos cinco, Rutherford R. Sniveley se hallaba esperando en su casa. Se negó a sí mismo el placer de mirar hasta que, en el último momento, la cosa estuviera completa.

Todo iba bien. El creciente murmullo de voces, en su mayor parte voces airadas, en torno a su casa era la prueba de ello. Oyó que gritaban su nombre..

No obstante, esperó a oír la duodécima campanada del reloj situado frente a él para salir al balcón. Aunque deseaba ardientemente mirar al cielo, se obligó a mirar a la calle en primer lugar. La multitud estaba allí, y estaba furiosa. Pero él sólo sentía desprecio hacia la multitud.

Además, los vehículos de la Policía empezaban a hacer su aparición, y reconoció al alcalde de Boston apeándose de uno de ellos, en compañía del jefe de policía. Pero ¿qué importaba? No existía ninguna ley que contemplara aquello.

Después, considerando que ya se había negado a sí mismo el supremo placer durante tiempo suficiente, elevó los ojos hacia el silencioso cielo, y lo vio. Las cuatrocientas sesenta y ocho estrellas más brillantes del firmamento componían las palabras:

USE
JABON
SNIVELEY

Su satisfacción no duró más que un segundo. Después, su rostro adquirió una apoplética tonalidad púrpura.

-¡Dios mío! -exclamó el señor Sniveley—. Está mal escrito!

El color púrpura de su rostro se hizo todavía más intenso y después, como un árbol que se desploma, se cayó hacia atrás.

Una ambulancia llevó al magnate al hospital más próximo, pero cuando ingresó ya estaba muerto, a causa de una apoplejía.

Pero mal escrito o no, las estrellas eternas conservaron la posición de esa noche. El aberrante movimiento había cesado y las estrellas volvían a ser fijas. Fijas para deletrear USE JABON SNIVELEY.

Entre las numerosas explicaciones facilitadas por todos los científicos que poseían algunos conocimientos físicos y astronómicos, ninguno fue más lúcido —o aproximado a la verdad— que el formulado por Wendell Mehan, presidente jubilado de la Sociedad Astronómica de Nueva York.

—Evidentemente, el fenómeno es un truco de refracción —dijo el doctor Mehan—. Ninguna fuerza inventada por el hombre puede mover una estrella. Por lo tanto, las estrellas siguen ocupando su antiguo lugar en el firmamento.

»Yo creo que Sniveley debió de inventar un método para refractar la luz de las estrellas, dentro o justo encima de la capa atmosférica de la Tierra, de

modo que pareciera que habían cambiado de posición. Probablemente, lo logró por medio de ondas radioeléctricas u otras ondas similares, procedentes de un aparato de frecuencia fija o, posiblemente, una serie de cuatrocientos sesenta y ocho aparatos que colocó en algún lugar de la superficie de la Tierra. Aunque no sabemos con exactitud cómo lo hizo, no sería imposible que los rayos luminosos hubieran sido desviados por un campo de ondas, tal como puede hacerse con un prisma o una fuerza gravitacional.

»Como Sniveley no era un gran científico, me imagino que este descubrimiento fue más empírico que teórico, un hallazgo accidental. Es muy posible que ni siquiera el descubrimiento de su proyector permita a los científicos la total comprensión de su secreto, del mismo modo que un salvaje aborigen no podría comprender el funcionamiento de un sencillo radiorreceptor por el solo hecho de desmontar uno.

»La razón en que me baso para hacer estas afirmaciones es el hecho evidente de que la refracción es *un* fenómeno cuatridimensional pues, de lo contrario, su efecto quedaría localizado a una parte del globo...

Había más, pero es mejor saltarnos el resto hasta el último párrafo:

—Es imposible que dicho efecto sea permanente..., es decir, más permanente que el proyector de ondas que lo causa. Antes ó después, encontraremos e inutilizaremos la máquina de Sniveley, a no ser que ella misma se estropee o desgaste. Indudablemente, contendrá lámparas de vacío, que algún día explotarán, igual que las lámparas de nuestras radios...

La exactitud del análisis realizado por el doctor Mehan quedó demostrada dos meses y ocho días después, cuando la Compañía de Electricidad de Boston cortó el suministro de luz, por impago de las facturas, a una casa situada en el 901 de la calle West Rogers, a diez manzanas de la mansión de Sniveley. En el instante del corte de energía, excitados informes de la parte nocturna de la Tierra comunicaron que las estrellas habían vuelto instantáneamente a su posición habitual.

Las pertinentes investigaciones dieron como resultado que la descripción de un tal Elmer Smith, que había comprado esa casa seis meses atrás, correspondía con la descripción de Rutherford R. Sniveley, y que indudablemente Elmer Smith y Rutherford R. Sniveley eran la misma persona.

En el desván se encontró una complicada red de cuatrocientos sesenta y ocho antenas de tipo radioeléctrico, cada una de las cuales tenía una longitud diferente y apuntaba en una dirección distinta. La máquina a la que estaban conectadas no era más grande que el proyector de un radioaficionado, ni necesitaba mucha más corriente, de acuerdo con el informe de la compañía de electricidad.

Por orden especial del presidente de los Estados Unidos, el proyector fue destruido sin un previo examen de su contenido. Surgieron en todas partes clamorosas protestas contra esta orden ejecutiva tan arbitraria. Pero como el proyector ya había sido desmenuzado, las protestas fueron inútiles.

En conjunto, las repercusiones graves fueron asombrosamente escasas.

A partir de entonces, todo el mundo apreció más las estrellas, pero confiaron menos en ellas.

Roger Phlutter salió de la cárcel y se casó con Elsie. El doctor Milton Hale descubrió que le gustaba Seattle, y se quedó allí.. A tres mil kilómetros de su hermana Agatha, se dio cuenta por primera vez de que podía desafiarla abiertamente. Disfruta mucho más de la vida, pero se teme que escriba menos libros.

Aún queda un hecho que resulta penoso considerar, ya que implica una profunda reflexión sobre la inteligencia básica de la raza humana. Sin embargo, está claro que la orden ejecutiva del presidente estuvo justificada, a pesar de - las protestas de los científicos.

Ese hecho es tan humillante como esclarecedor. ¡Durante los dos meses y ocho días que la máquina de Sniveley estuvo en funcionamiento, las ventas del Jabón Sniveley se incrementaron en un 915 %.